



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Superioridad moral

Ángel Gómez de Agreda

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de abril de 2025

La geografía europea está salpicada de decenas de miles de castillos; atalayas que se yerguen vigilantes desde lo alto de montes y colinas. También las costas de medio mundo exhiben intermitentes torres de vigilancia –o castillos, como el de Sagunto– a cada mínima elevación que permitiera dominar las orillas y alertar de la llegada de, normalmente, piratas.

El dominio de las alturas ha sido siempre un dogma militar; incluso los buques de guerra tienen su castillo. Seguro que Sun Tzu no fue el primero en recomendar ocupar los puntos altos de la geografía y en desaconsejar atacar cuesta arriba. Lo prominente domina a lo subyacente, aunque, claro, lo expone a su vez a la vista y al escrutinio de todos. Un gran poder, ya se sabe, entraña una gran responsabilidad.

El control del terreno elevado se ha extrapolado en el último siglo al dominio del aire y, en las últimas décadas, al del espacio. El principio sigue siendo el mismo, acumular energía potencial para minimizar el esfuerzo necesario para emplear la cinética contra un adversario en una posición geográfica subordinada. La rampa construida por la X Legión *Fretensis* de Lucio Flavio Silva para conquistar Masada a los rebeldes judíos sigue atestiguando, dos mil años después, lo arduo que es partir de una posición inferior.



Julio César aplicó este principio en el asedio de Alesia. La ciudadela –igual que nuestra Numancia ochenta años antes– se encontraba sobre un montículo que dificultaba su asalto. El procónsul decidió aprovechar las elevaciones vecinas para circunvalar las murallas con otras propias que también estuvieran en posición dominante sobre los defensores que quisieran salir de la ciudad gala.

Tan universal es el principio que ha trascendido del ámbito de lo militar y de lo físico. La expresión *to take the moral high ground* no tiene, significativamente, un equivalente directo en el cainismo español –y de ahí, por ejemplo, la leyenda negra. El «terreno moral elevado» refleja la habilidad para adoptar una posición de superioridad moral sobre la que dominar la interacción con el resto. Si hay una expresión del poder blando, esa es la superioridad moral.

La superioridad moral es, por consiguiente, la mayor fuente de eso llamado *soft power*. Apoyándose en la reputación y en la confianza se consolida una red de alianzas y mercados en las que los productos propios gozan del valor añadido de provenir de lo alto, de lo superior. Sus modos y monedas son la referencia. Su política siempre se adelanta a las demás por el mero hecho de que el camino correcto a seguir se define por el que toma y por cuándo lo toma.

Esta superioridad moral traslada la ventaja táctica al campo estratégico y político. De ahí la obsesión permanente por conseguirla para uno mismo y negársela a cualquier posible adversario. Los pueblos han diferenciado siempre entre lo propio y lo ajeno, entre lo civilizado y lo bárbaro, entendiendo como bárbaro lo de fuera. En la crónica de la batalla de *Little Big Horn*, en la que el general Custer y su Séptimo de Caballería sucumbieron al ataque de un número muy superior de

nativos americanos –precisamente resistiendo en la cumbre de una colina–, se da a estos últimos la calificación, habitual en la narrativa de la época, de «salvajes». El poder de los nombres para excluir al otro del debate o de la convivencia da para otro artículo por sí mismo.

La superioridad moral es útil en la paz y en la guerra, en la ofensiva y en la defensiva. Ofrece tantas ventajas que, con el paso de los años, aquellos que la conservan terminan por olvidar que éstas derivan de su posición en el terreno, y no de sus propias capacidades, y esperan las mismas ventajas cuando el terreno de juego está nivelado. La norma es que uno ostenta la superioridad moral, incluso cuando se mueve de ella. Las reglas son que yo gano siempre, son mis reglas, y de ahí deriva el problemático escenario actual.

China ocupó esa posición en medio mundo durante muchos siglos. La interiorización de su superioridad moral se trasladó a los caracteres de su nombre, el reino del Centro. Todo debía fluir desde y hacia *Chang'an*, la capital. China se veía y se definía a sí misma como una civilización, en contraste con culturas más o menos, de nuevo, salvajes, bárbaras. De nuevo el poder del lenguaje. China es un Estado/civilización no derivado de Westfalia como los occidentales, de ahí la dificultad en entenderles.

Sin embargo, la fuerza del coloso asiático no se volcó casi nunca en la conquista. Un país que construye murallas no indica intención de expandir su territorio más allá de ellas. Ni una nación que destruye su propia flota –sin rival en la época– para evitar contaminarse de la barbarie externa. El territorio nuclear chino no deja de ser una isla rodeada de las más altas montañas, las simas abisales más profundas, y las selvas y desiertos más impenetrables, lo mismo que su carácter.

Europa, por su parte, sigue viviendo en la inercia y la ilusión de sus siglos de oro, muy pocos en comparación. Nuestros libros cuentan la historia de cada época en función de la geografía en la que éramos relevantes como si el resto del mundo no hubiera nacido todavía. Sin embargo, durante mucho tiempo, esta península euroasiática, no precisamente grande, de privilegiadas condiciones era una esquina marginal y se resiste a volver a serlo.

Hoy, medimos el tiempo en relación con nuestra longitud geográfica, mientras países como India deciden rebelarse marcando una diferencia horaria de cinco horas y media respecto del antiguo Imperio; nada de horas enteras que lo hagan parecer subordinado a una referencia. Vivimos ensimismados en un espejo que cada vez requiere mayor distorsión para mostrarnos del tamaño que queremos vernos.

Nuestra pretendida superioridad moral nos impele a legislar y regular aquello que no fabricamos sin darnos apenas cuenta de que nuestra atalaya se ha erosionado a los ojos del resto. Tenemos el ejemplo más reciente de esta erosión en nuestro Sur cercano, en el Sahel que nos rechaza, pero que sigue queriendo vivir aquí.

En el mapa mundial actual, cuando se representa al principal socio comercial de cada país, hay ya muchos más que muestran la bandera roja de cinco estrellas que los que exhiben la tricolor de cincuenta. Invariablemente, sus respectivos socios comerciales principales mantienen déficits comerciales con China. No obstante, ni el superávit en el intercambio de bienes y servicios supone necesariamente ascendencia, ni el déficit es indicativo de pérdida de atractivo.

El mundo se ha acostumbrado al liderazgo estadounidense, a la Pax americana - que nunca fue más que relativamente pacífica. La prueba del nueve del éxito es triunfar en Hollywood, o en Wall Street, porque *if you can make it there, you can make it anywhere*, como cantaba Sinatra a su manera. Es posible que los coches, los ordenadores o los barcos se fabriquen en proporciones crecientes en otras longitudes, pero el talento sigue fluyendo hacia las universidades de la *Ivy League*, hasta el punto de que la mayor parte de sus artículos de investigación muestran firmas foráneas.

En la mayoría de los países, sea cual sea el número de estrellas de la bandera del país con el que comercia, sigue siendo más probable poder tomarse una *Budweiser* que una *Tsingtao*, es más conocido Tom Cruise que Hu Ge, son más populares unos vaqueros que unos *hanfu*.

El terreno elevado, la superioridad moral, no se abandona sin una muy buena razón. Solo la prepotencia o la desesperación pueden motivar la pérdida voluntaria de la ventaja. Estados Unidos goza desde hace décadas de esa posición de privilegio. Es el país al que todos quieren ir a estudiar o trabajar, a investigar o para encontrar oportunidades. Una nación que se expandió como un gas, hasta rellenar el continente que la albergaba, pero cuya influencia cruzó los dos océanos que la delimitaban. No obstante, es una nación situada entre dos océanos y se siente por ello poco vulnerable, no como otras.

Por consiguiente, resultaría altamente sorprendente que estuvieran dispuestos a sacrificar el ascendiente del que indudablemente gozan para revertir una política de externalización y deslocalización en paraísos (no para los trabajadores) laborales cuando han empezado a aflorar más riesgos y menores rentabilidades. Hay, no obstante, algunos factores que lo explican. No es el menor el hecho instintivo de que, ante el peligro, todos tendemos a asentar bien los pies y bajar el centro de gravedad.

El crecimiento de China se debe percibir como lo suficientemente amenazador para la hegemonía estadounidense como para hacer menguar los márgenes disponibles. No queda sitio para la generosidad. Todo es demasiado crítico como para dejarlo en manos del (por otro lado, supremo) mercado; ni siquiera de los aliados. Algunos perciben que ha llegado el momento de colocar a los heridos y a los caballos dentro del círculo de carruajes y erizar las defensas; un *reshoring* estratégico recurrente en la historia del país.

No son tiempos de turbación, sino de cambio de paradigma. La máxima ignaciana de no hacer mudanza no es de aplicación, pero tampoco hay todavía unas nuevas reglas a las que adaptarse. La arquitectura completa que ha venido soportando la gobernanza mundial se desmorona ante nuestros ojos y no es probable que sus piezas vayan a servir siquiera de material de construcción para el nuevo diseño. Un nuevo G5 asiático, ahora con Indonesia, aún por reconocer, supera con creces en PIB global en 2024 al del G7 norteamericano, europeo y japonés. ¿Quién es el diseñador entonces? Quizá deberían replanteárselo ambos.

Además de su famosa «trampa», Tucídides dejó para la historia la frase inspiradora del realismo político: «los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben». Hoy, las grandes potencias —y aquellas que imaginan serlo— pugnan entre ellas y otros sufrirán daños colaterales en esa lucha de titanes. Empieza un juego de las sillas musicales que reconfigurará el tablero mundial. Hoy las grandes potencias pueden cooperar, confrontar y competir al mismo tiempo sin que nada se tambalee.

No obstante, en el movimiento tectónico que se está produciendo, algunas placas remontarán y otras se hundirán. El terreno moral elevado quedará redefinido con nuevos valores y principios. En este contexto, el liderazgo, la flexibilidad y la habilidad para encontrar la nueva cima será fundamental, quizá haya que compartirla. Y será tanto más difícil cuanto más aferrados estemos a los viejos conceptos. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2025